UNA INTERVIU DE
OTROS TIEMPOS

# DE COMO SE ESCRIBE UNA NOVELA

Pues eso de escribir una novela, es

...la cosa más sencilla
que se puede imaginar...

Coser y cantar en un dos por tres; ponerse a ello y ganarse a Zamora en una hora; reunir algunas nueces y meneallas un poco, para que metan ruído... En fin, es tan poca cosa esa cosa de escribir una novela, que D. Armando Palacio Valdés se maravilla de que no escriba novelas todo el mundo.

Las suyas fueron escritas de ese modo «como si no fueran gente». Vamos a detallar el procedimiento, para que sirva de lección y admonición a los que quieran seguirlo. «Una novela no debe comenzarse nunca, hasta que no esté acabada en el cerebro del autor». Hay escritores que no proceden así, y en cuanto que vislumbran una escena con algo de emoción o de interés, «consignan» el primer capítulo, a salga lo que saliere en los demás. Así, en esta clase de novela, el primer capítulo es un aperitivo, que

pone de par en par las ganas de leer; y los demás, son bazofia... Y así, dice el lector cuando principia:

—¡Hombre, qué bueno está esto!...

Y cuando acaba:

—Pero, señor, para qué se escribirán estas tonterías?...

¡Son novelas de vida alegre y muerte triste!...

Para que no ocurra así; para que la curiosidad del lector se mantenga siempre despierta; para que en vez de menguar, crezca el interes del libro; para que sea armonioso, pleno y justo, es necesario que el autor lo sienta todo a la vez, y lo comprenda todo a la vez: desde el principio, mirando hacia el fin como hacia una cumbre; desde el fin, oteando el principio como una llanura: viviéndolo en el espíritu, completo, formado, vivo, con amor y con dolor...

* * *

—Pero, ¿y cómo se busca el argumento?...

Pues sencillísimamente. Así: —Nosotros tenemos numerosos parientes, numerosos amigos, numerosos conocidos... Y todos ellos nos dicen cada tres o cuatro días:

—¡Caramba, usted que escribe novelas!... ¡Verá usted!... Voy a contarle una cosa interesantísima que me sucedió a mí y que a usted puede servirle...

Y comienzan a contar... Esto... esto... Nosotros nos aburrimos, bostezamos, y le pedimos a Dios que envíe un rayo que corte la narración. Pero Dios no envia el rayo... Y a nosotros nos llena la inquietud, nos hurga la cólera, nos aplana el hastío. Y terminamos por resignardos a preguntar:

—¡Hombre! ¿es verdad que usted *se peleó* con su socio?...

O

—¿Es verdad que su novia se embarcó?...

El amigo, el pariente, el conocido... nos mira estupefacto. El no puede comprender que no llegue a los profundos del alma nove-

lista del oyente la interesantísima aventura que le sucedió una vez... Y se aturde y se emociona, y pierde el hilo de su discurso... Y balbucea:

¿—Dice usted que mi socio?... ¡Ah, si, señor!... ¡Pero eso no tiene importancia!... ¡Una tontería!...

¡Hola, una tontería!... ¿Ha dicho una tontería? Pues nosotros debemos insistir; obligarle a contarla; abrumarle a preguntas; estar pendientes de todas sus palabras, como si contuvieran una revelación... Porque la cosa interesantísima que este hombre nos refirió primero no era novela; pero esta «tontería» sí lo es...

Y así se *cazan* y se componen los argumentos: recogiendo las noticias de los amigos; observando la vida de los parientes; penetrando en la vida propia... y aprovechando lo que se encuentra en ellas de verdad, de sinceridad, de pasión, de emoción; de hervor de espuma, de profundidad de sima, de luz de sol, de gracia de belleza... Y luego, colocando sobre todo una caricia de poesía, e infundiéndole calor de idealidad.

* * *

Pero Palacio Valdés opina que todavía falta algo.

—¿La verosimilitud?

Eso es; la verosimilitud: una cosa de que no puede prescindirse... Y para darle verosimilitud, es preciso «pulir» la realidad a costa del trabajo de la imaginación. Algunas veces, la realidad nos desconcierta de tal modo que nosotros mismos nos decimos:

—Si contara esto que vi, o esto que me pasó, nadie lo creería...

Y algunas veces, el lector de un libro exclama al terminar un episodio:

—Pero; señor, ¡si esto es absurdo!

Y al terminar otro, añade:

—¡Parece que lo estoy viendo!...

Y resulta que el episodio considerado absurdo, lo tomó el au-

tor de la realidad, y el que el pobre lector estaba viendo, es inventado. Stendhal definía así la novela realista:

—Es un espejo que se pasea a lo largo de un camino...

Mas para que no creamos que el espejo nos engaña, además de reflejar montañas reales, jardines reales, hombres reales, «hechos reales»... debe reflejar las montañas, los jardines, los hombres, los hechos que nosotros concebimos y conocemos como reales. Tiene que ser un espejo que revele la belleza de las cosas manoseadas por todos—con las manos, con el pensamiento, con la previsión; pero que la revele con pureza, como si nadie la hubiera manoseado—. Y cuando referimos «hechos reales», que pasaron por nosotros, o que nosotros vimos desenvolverse, no nos preocupamos de su verosimilitud, porque nos consta que son verosímiles; pero como algunas veces no encajan en la experiencia ni en la previsión del lector, el lector los juzga absurdos. Y cuando referimos hechos inventados, que carecen de toda realidad, por temor y por prudencia los revolvemos constantemente en la imaginación, recortándoles salientes que nos parecen fantásticos, rellenándoles honduras que nos parecen extrañas, arrancando de sus líneas todo lo que tenga aspecto de quimera, e hinchéndolos de verdad, de encogimiento y de sentido común. Y como esto encaja bien en la experiencia y en la previsión del lector, el lector lo comenta con su frase:

—¡Parece que lo estoy viendo!...

¡El pobre!...

* * *

—¿Y después?...

Después hay que estudiar los «personajes»; los caracteres; los tipos:—Marta y María; Maximina y José; la Hermana San Sulpicio y el señorito Octavio; Tristán y el capitán Ribot... ¿Y dónde se los encuentra?—En todas partes: en nuestra familia, en nuestra casa, en la casa de al lado, en nuestro corazón... Un ejemplo:

—La hermana San Sulpicio, por ejemplo, ¿dónde la encontró usted?...

Y Palacio Valdés cuenta la historia:

—En Marmolejo... Yo estaba en Marmolejo tomando las aguas. Y un día ví una Hermanita de la Caridad, tan mona, tan garbosa, tan graciosa, que solté una exclamación:

—¡Hola, hola, que monja tan bonita!...

Fuíme a Sevilla después. Y topé nuevamente con la monja. En este segundo encuentro conocí que empezaba una novela...

Otro ejemplo:

—Y el «Nolo» de *La aldea perdida*, ¿dónde lo halló?

—En mi casa de Laviana. Este Nolo era criado de mis padres...

De *Maximina* escribieron los críticos:—Es una obra que revela la absoluta sinceridad artística de Palacio Valdés. Y la afirmación es cierta: nosotros preguntamos nuevamente:

—Y ¿dónde encontró usted a «Maximina»?

—A «Maximina» la encontré a mi lado... En mi hogar, en mi mesa...

Y en su alma.

* * *

Tenemos un argumento verosímil y unos «personajes auténticos».¿Falta más para comenzar el primer capítulo? Falta estudiar el escenario en que va a desarrollarse la fábula; falta conocer el ambiente en que deben moverse los personajes. Y Palacio Valdés hace esta observación:

—Los lugares que observamos con más acierto y con mayor exactitud, son los que nos resultan menos familiares.

Y es así. Los lugares en que nacimos, en que se desarrolló nuestra mocedad, en que floreció nuestra vida, se nos metieron en el corazón antes que la inteligencia los pudiera analizar. Y dicen muchas cosas a nuestro espíritu, y apenas le dicen ninguna a nuestro cerebro. Nosotros los contemplamos diariamente: y vemos sus

perfecciones y sentimos sus bellezas, sin que nunca nos pongamos a pesarlas. Estos lugares se parecen en nuestro sentimiento a las personas de nuestra intimidad: las amamos; las buscamos; les descubrimos nuestras alegrías y les contamos nuestras amarguras; pero jamás comprendemos lo que significaban para nosotros, hasta que las perdemos... Para que lo comprendamos, hace falta que el recuerdo vaya alejando la familiaridad y descubriendo la poesía!...

En cambio, en las personas extrañas y en los lugares que vemos por primera vez, todo nos hiere, todo nos asombra, todo nos pincha la imaginación, todo está lleno de aristas para nuestras percepciones. Y todo lo examinamos, lo analizamos y lo absorbemos golosa y ansiosamente, como una especie de oxígeno que apeteciera la curiosidad. Y así, este asturiano de Laviana hace esta confesión:

—Sevilla me impresionó de tal manera, que los mismos andaluces llegaron a creerme de Sevilla.

* * *

Todavía es necesaria otra pregunta. D. Armando Palacio Valdés ha puesto en la mayor parte de sus novelas más que talento, más que inspiración, más que fábula, más que hombres, más que ambiente... Ha puesto también una cosillina, cosillina que se llama humorismo. (Y sería conveniente que el lector, cuando termine este artículo y comience a escribir una novela, ponga en ella esta cosillina, cosillina... Hablemos del humorismo).

Entre el escritor satírico y el escritor humorista hay esta diferencia: el escritor satírico se goza en «el ridículo» que descubre...

—Y diga usted, don Armando, «el ridículo», ¿qué es?

—El contraste entre lo que se es y lo que no... Ejemplo: Un pobre diablo se tiene por un héroe, y es un pobre diablo. Ridículo.

El escritor satírico se goza en el ridículo que descubre y el humorista padece con él. El primero, ríe por fuera y por dentro; el segundo, ríe por fuera y llora por dentro; el primero, expone la

llaga y se va; el segundo, expone la llaga y pide la medicina. De otro modo: al primero le dicen:

—No se meta usted más con ese poeta, porque vive de sus versos y tiene siete hijos...

Y continúa metiéndose con él. Pero si se lo dicen al segundo, suspende incontinenti sus ataques.

Cervantes era un magnífico humorista; descubría con las manos el ridículo de Don Quijote, y lo cubría con el corazón, porque le amaba con entusiasmo y lástima. Entre los escritores modernos españoles tuvimos un satírico magnífico...

—¿Quién?

—Clarín.

Richter escribió una vez:

—Para el humorismo no existen ni la tontería individual, ni los tontos; existe sólo la tontería y un mundo tonto...

Y sobre esta tontería y este mundo tonto, el humorista tiende como en arco una carcajada, y vierte como consuelo una lágrima. Mas, no; una carcajada, no; una sonrisa; un escarabajeo en el sentimiento que se refleja en los labios, y que es a un tiempo alegría, satisfacción, piedad, gracia y ternura...

Palacio Valdés confiesa:

—Ahora mi temperamento me arrastra hacia el humorismo, pero mi edad me contiene...

* * *

Y ya está... Se coge una pluma; se amontonan las cuartillas; se medita la historia de un amigo; se mueven unos cuantos personajes; se recogen unos cuantos episodios; se copia un escenario; se echan en todo unas gotas de humorismo... Se agita antes de usarlo convenientemente y se escribe una novela.

Total, coser y cantar!

C. C.